

El regalo más preciado de Dios

El valor de la vida

por: Monseñor Oscar Ojea

"Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el albergue."

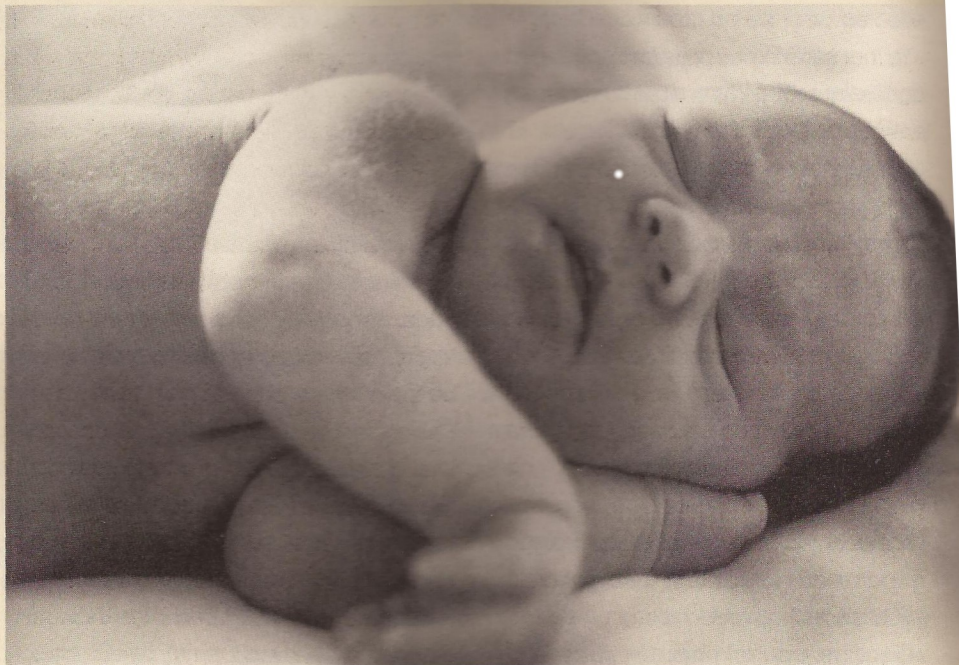
Lc 2, 7

La vida, el mayor tesoro que Dios nos ha dado, nace indefensa y necesitada. Precisa la mirada, las manos y el pecho de la madre para sentirse segura. Requiere ser cuidada con delicadeza. Reclama un amor singular y atento para no convertirse en una existencia anónima, perdida en la multitud y expuesta a lo desconocido. Es frágil. Por eso mismo, podemos creer que somos sus dueños absolutos, olvidando que es un regalo entrañable de Dios, que esconde su revelación más maravillosa.

Estamos inmersos en una cultura en la que la vida se ha depreciado. Diariamente es pisoteada y humillada en los más débiles, en los niños y en los ancianos. Es profanada, en forma continua, por un mundo que no sólo obstaculiza e impide su llegada, sino que estrangula las condiciones para su desarrollo digno y justo. Es sometida a la manipulación de los poderosos y a una violencia despiadada: la de la guerra, la soledad y el desamparo. Sin embargo, con el corazón purificado por la misericordia, en este tiempo de Adviento, la Virgen de la Nochebuena nos enseñará a valorar, a recibir y a cuidar la vida.

"Lo envolvió en pañales" (Lc. 2,7). ¡Si nosotros pudiéramos envolver, con el amor de nuestro corazón, en esta nue-

va navidad, a tantos hermanos que desde que se asomaron a la existencia sólo lo han conocido el rechazo y el desamor de una sociedad que los excluye, y hoy buscan alguna salida ante la experiencia de una vida sin sentido aparente! "...y lo acostó en un pesebre..." (Lc. 2,7). El pesebre es figura de nuestra mezquina realidad.



"...porque no había lugar para ellos en el albergue" (Lc 2,7). En nuestro mundo no hay lugar para la vida ni tampoco para atenderla, acompañarla y servirla. María y José aceptaron su realidad pobre y estrecha para que el Hijo de Dios, entremezclado con los animales que le daban espacio, se hiciera carne para habitar entre nosotros.

Era poquito lo que tenían, pero inmenso para sostener la vida de Jesús: el amor que había madurado en el tiempo de la espera; la confianza ilimitada en el Espíritu Santo que los había transformado por dentro; y esas manos, hechas de silencio y de trabajo, que estaban dispuestas a todo para amparar y servir al niño. Le pedimos a María y a José, quienes

con tanta ternura acogieron y cuidaron al Niño Dios desde su pobreza, que nos enseñen a cuidar y a valorar nuestra vida y la de nuestros hermanos, a atender sus reclamos más hondos y a servirla con todo nuestro corazón para descubrir, en su misma fuente, el misterio de un Dios que se hunde en nuestra debilidad para encontrarnos.